

Cuentos para conjurar la ausencia

Sebastián Montañez

Egresado de la Maestría en Creación Literaria, Universidad Central. 1^{er} Premio Concurso Nacional de Cuento, Universidad Externado de Colombia.

Como a mis hermanos los han desaparecido,
esta noche espero a las orillas del río
a que baje un cadáver para hacerlo mi difunto.
JORGE ELIÉCER PARDO, *Sin nombres, sin rostros ni rastros*

A los desaparecidos y desaparecidas de este país naufragado

A orillas de El Descanso

Caminamos en la arena a orillas del río esperando que las corrientes nos traigan alguna ilusión. En la noche, entre los retazos de oscuridad, a veces vemos algún tronco flotando y apresuradas saltamos al agua detrás de la madera podrida. Deambulamos a tientas las playas pedregosas de El Descanso. Hace tres meses que buscamos de día y de noche a Joaquín. Nadie da razón de su paradero. Hemos encontrado varios cuerpos inflados que traen las corrientes revueltas. Según dicen, esos vienen de más arriba, de la vereda Caño Rojo. Las gentes de por acá los enterramos como si fueran nuestros muertos. En Caño Rojo, se rumora, las madres también pescan a los suyos con el anzuelo de la espera. Los entierran con el recuerdo fijo de sus hijos.

Aquí todavía creemos que todas somos hermanas y que, por más pecados que se hayan cometido, merecemos una santa sepultura. Hay que encontrarlos. Nadie descansa en paz cuando los vivos no nos despedimos. Me queda la esperanza de que

alguna allá arriba o allá abajo lo haya encontrado; de que alguna lo haya enterrado imaginando a su hijo. Nosotras pescamos a la orilla a algún fulano para hacerlo nuestro muerto. Sin importar quién flote, arrastrado por la corriente, lo acogemos como uno de por acá. Sabemos que de donde viene también desaparecen a las personas.

Anoche encontramos uno. Contextura delgada, alto, moreno y de dentadura de piraña. Puntada a puntada juntamos sus carnes y lo preparamos para iniciar el viaje. Con la comadre Casandra acordamos que ese era mi Joaquín y era su Guillermo. Le abrimos las manitos. Llegó con los dedos entumidos, desbaratados por el terror. Cocimos una hilera de puntos desde la tráquea hasta la pelvis. Nos enredó en sus adentros. Vimos el reflejo del filo en su piel cuarteada. En el vidrio del ataúd pegamos una foto, abrazados el día del bautizo. Así se nos pasó la vida, entre el agua pescando cuerpos mutilados y el cáñamo para remendar. Toda la vida, puntada a puntada, los alistamos para la muerte. Los hijos que no flotan en El Descanso los escondemos en las casas.

Son nuestro secreto más valioso. Sabemos que una noche tendremos que ir a buscar sus ausencias al río.

Trazos

Te sacaron a empujones como se jalan las vacas en el matadero. Me encerraron, Octavio. Rasgué las paredes, la madera de la puerta, me desbaraté las canillas intentando tumbar a puntapiés esa madriguera. La hija me encontró amordazada en la oscuridad hambrienta de ese cuarto. Todavía se escuchaban tus quejidos alejándose, Octavio. Cuenta que nos buscó entre toda esa ruina, hasta que dio con ese cuarto sin ventanas. Y ahí estaba yo, arrumada; fui un montón de huesos escondidos detrás de los azadones y las picas.

Al puerto llegó el rumor con el bramido del río y ella, nuestra Paloma, arrió de una vez el caminado. Durante horas garabateó por el sendero. La hija vio a los vecinos con los trastes en la espalda, los burros cargados hasta las orejas y una que otra gallina amarrada de los huacales. Nadie supo darle razón. No baje, Palomita. La cosa por allá... Véanos, hija. Nos sacaron como despuntando maleza. Apresuraron el paso. Están escondiendo a las personas. Ya conoces a tu hija, Octavio. Paloma caminó sin tregua. Salimos a preguntar por ti. De los caminos salía humo en espirales, las puertas estaban abiertas de par en par y la llovizna caía sobre el pueblo deshabitado... El aire rociado de un olor chamuscado.

El compadre Leopoldo contó que había visto cómo te jalaban de unas cuerdas con otros tantos, trocha abajo, hacia las playas del río. Dijo que tú lo miraste con ojos de no volver. Se escondió en las plataneras. El compadre se ofreció a acompañarnos. Desenfundó la rula y abrió paso entre el matorral. "Pa delante comadre, que atrás asustan", dijo con su voz abultada.

Nos descubrieron cuando asomamos a la playa. A él también lo echaron al río con el buche cargado de piedras, y, a nosotras, Octavio, nos espantaron peor que a las moscas. Corrimos por la arena mientras echaban plomo a nuestras espaldas. Los fognazos silbaron risueños. Nos agarramos de las manos y, afanadas, nunca miramos atrás. Ya no se escuchaban. Hundí los pies y caí tumbada. Las lágrimas se me secaron con la arena.

Ahí, con el rostro hundido, encontré la primera botella. Saqué el papel arrugado. Supe que eran tus trazos desordenados. Le pregunté a Paloma si sabía qué decía ahí. No supo. Nadie supo. Tarde a tarde recojo las botellas en la arena. Ustedes los desaparecidos, Octavio, escriben su ausencia con los trazos desordenados del recuerdo.

Que alguien le diga

A Salomé no le gustan las despedidas, pero habría preferido que le dijera adiós, que me iba para no volver. En las noches, Salomé va detrás de mí. Cada mañana se pregunta lo mismo: ¿Milciades?, y extiende la mano desapretando los ojos, y el frío caudaloso del otro lado de la cama la encalambra. ¡No! Otra vez no. Se limpia las lagañas. Anoche tampoco regresó. Sabe que hay un algo que no pude hacer.

Sueña conmigo: acaricia mi rostro como deshaciendo el aire, choca su lengua afilada contra la mía. Jadea. Surca mi espalda con las uñas. Jadea. Luego... me muerde el cuello y aprieta mi cuerpo contra el suyo. Jadea. Abro los pliegues de su existencia pujando con extremo cuidado. Palpita húmeda. Apretuja y jadea. Suspira y un hilo tibio escurre en sus adentros. Ella quiere el sueño por siempre.

Salomé es una sonámbula. Se levanta y vaga por los espacios de la casa deshabitada. Escarba entre la lacena y los trastes. Se pasa la vida buscando. Alza los cojines

y con las manos tantea, desocupa los vasos y mira en su interior, abre la ventana y se vuelve acostar. Nadie ha sabido de mí. Recuerdo la última mirada mareada antes de caer flojo contra las piedras. Alguien arrasaba de mis pies por el callejón.

Ahí están sus carnes, somnolientas y enjutas por el abandono. Salomé sigue esperando a que alguien le diga qué fue de mí, sigue esperando a que en los sueños ella escape de ese cuarto y yo asome de alguna esquina para decirle adiós. El sueño desaparece. Salomé pasa un sorbo de agua y se atraganta de pepas otra vez. Que alguien le diga que no voy a volver.

Una, dos, tres veces

Quise acallar el crujido que hace la madera de madrugada. Abrí en puntillas. Como una sombra pegada a la pared entré. Con los zapatos en las manos y la maleta colgada aseguré la puerta. Parpadeé para acostumbrarme a los trazos de la oscuridad y me atrapó el viso amarillento de su sonrisa desencajada.

Ahí, echado a medio dormir en la mecedora de frente a la puerta. Desgarbado, escurría las piernas sobre la silla. “No va a saludar, hija”, dijo con voz escabrosa. Le di un pico con labios tembleques en la frente arrugada. Olí un tufo concentrado en cigarro. De la mandíbula me agarró, y estrelló su boca contra la mía y me atacó con su lengua serpenteante.

Me arrepentí de haber regresado a casa. Volví con la ilusión estúpida de que mamá, por fin, creyera en mis palabras. ¡Qué tonta fui! Ahora, me digo, hubiera preferido la calle y el frío de esas noches de cartones a sus manos huesudas hurgando otra vez. “Su mamá no ha regresado. Anda todavía buscándola a usted. Cortadas con la misma tijera”, decía mientras se levantaba sin soltar mis muñecas. Sus ojos, no lo olvidó, brillaban hambrientos en esa oscuridad.

Sobre la tabla circular del comedor estrujó mis pechos con sus manos; los apretó como si la vida se le escapara en cada balanceo. Desgarró mis piernas apretadas echando a un lado los platos, el frutero y mi maleta, y me jaló la falda hasta la cintura. Desenfundó su veneno tieso y se hundió en mí una, dos, tres veces. Suspiró su tufo entrecortado en mi cuello. Mamá entró y, entre sombras, alzó los cuadernos del suelo. Su mirada a medio cerrar parecía coloreada por líneas gruesas de sangre.

Las talas

Emprendimos el viaje con la ilusión de regresar pronto a las playas de El Rocío. Nos fuimos prometiendo el regreso a nuestras familias. Apenas pasamos las rejas, uniformados aseguraron las puertas con candados. Escuchamos el sonido de las motosierras devastar los troncos. En un mes talamos todos los árboles de la sierra mientras a la gente de ahí la sacaban como arriando ganado. Nos levantaban a las cuatro de la mañana y, en hilera, nos lavaban con chorros fríos. Tinto y pan hasta el almuerzo. A las doce y media otra vez debíamos encender las motosierras y, a las siete de la noche, agarrotados, íbamos a buscar el sueño con otro pan remojado en café.

Enterramos tacos de dinamita en la cumbre de la sierra. Desde abajo vimos cómo la tierra se desbarató en un estallido desbocado. El cielo se tiznó de ceniza y esa misma tarde el alcalde Rito ordenó el inicio de las excavaciones. La mina es sombría, enterrada en las entrañas de la sierra. Se respira polvo y uno apenas filtra la mirada entre los despojos de tizón. Nuestra piel se impregnó de un negro turbio y los dedos de las manos, entumidos, se curvaron a los pocos meses. No volvimos a apreciar la tibieza del sol ni a ver las olas balancearse en arrumes de espuma de mar. Allá abajo no

galopa la brisa ni la luz se cuela entre los morros de carbón. A cada bocanada, sube el respiro encendido por el tragadero.

Cada día amanecen menos. Nos van sacando con la promesa de regreso y de pago. Desde la bodega en la que nos echamos se escucha el golpeteo de las motosierras. Nos acostumbramos a dormir entre el ronroneo de las talas y el algarabío de los que mandan afuera.

Nos arrastraron sierra arriba. Vimos, por fin, los rayos deshaciendo la oscuridad. Se anunciaba el bochorno del día y, en la distancia, el mar apaciguado, cubierto por una bruma que subía. Nos arrodillaron al lado de un arrume de troncos. Talados, las carnes vueltas trozos de madera. Nuestras familias todavía nos esperan. ■■

La lagartija muerta

Tatik Carrión

Escritora, docente y gestora cultural nacida en Chía (Cundinamarca) en 1985. Durante cinco años dirigió el programa radial “Tertulia poética”. Es directora del Encuentro de Escritores Fuerza de la Palabra y del Colectivo Zona de Arte Alternativo. Ganadora del Premio Narrativas Culturales de los Grupos de Interés, Ministerio de Cultura, 2012, con el cuento “El gato escritor”.

Cuando mi voz calle con la muerte, mi corazón te seguirá hablando

RABINDRANATH TAGORE

El vecino se llamaba Pascual. Llegó con una lagartija muerta y unas frunas. Nos miramos con Liliana como entre sorprendidas y felices. Tenía los dedos llenos de barro y los ojos grandes y oscuros. A Liliana no le gustaba ver animales muertos, le dio rabia, lo gritó y se tapó los ojos. Yo me acerqué y miré la lagartija, era verde como todas, era fea y larga. No sentí compasión, de pronto si hubiera sido un conejito...

Liliana se destapó los ojos y miró. Otra vez lo regañó y dijo que enterráramos al animal. Pascual aceptó y yo dije que tocaba cavar, como si fuéramos a enterrar un tesoro.

—Podríamos ir al río —dijo Pascual.

Liliana sonrió, parece que eso la calmó, le gustó pensar que seríamos buenos enterrando la lagartija.

—Yo no la llevo, me da cosa —les dije mientras caminaba hacia el río.

El río ya no era como antes... Estaba más sucio y seco, y los pastizales estaban quemados. Había basura y olía mal. Nos miramos tristes por el paisaje árido y, de pronto, Pascual dijo: “¡Les voy a echar la lagartija!”. Gritamos como locas y salimos a correr como perseguidas por un fantasma... Corríamos y gritábamos. Pascual se reía y no corría tan rápido porque nos alcanzaba y se acababa el juego.

Ahogadas, paramos... Estábamos en otra parte, un lugar más lejano a donde nadie iba. Liliana y yo estábamos despeinadas,